

*Este ensayo fue publicado en el catálogo de José Carlos Casado, titulado: <carne.v01>/<temores.v01>/<"realidades".v01>, por la Fundación Picasso. 178 pp. 2003*

## Harkaitz Cano

### REALIDAD

Realidad, vaya palabra. Suena a cemento y a casas soviéticas de protección oficial, a casas de cuño racionalista y a buzos azules puestos a secar en los patios interiores. Realidad suena a Le Corbusier roñoso, a eso que los escritores americanos llaman *outskirts* y el marsellés Jean-Claude Izzo llamaría *banlieue*. Como si lo viera. *Bienvenidos a Realidad, urbanización construida en 1968*. Urbanización inacabada. Niebla inacabada en los cuadros de Joseph M. W. Turner. *Finished/Unfinished?*, preguntan las paredes de la Tate Gallery. Hermosa pregunta para estar formulada por una pared. Y nos consta que sólo lo inacabado está vivo. Porque lo inacabado nos permite introducirnos en la obra, ensuciarla con la imaginación, instalarnos en ella como en un apartamento de alquiler. Lo inacabado nos ofrece un cobijo: un punto de fuga. Sólo lo inacabado es real. Lo acabado es, vulgar y simplemente, tangible. Ya va siendo –realmente- hora de elogiar también lo intangible.

Realidad, Pandora, punto de fuga. Apuntes que tomo, sin terminar del todo.

Spike Lee nos explica en los diez minutos que le son concedidos en *Ten minutes older (The trumpet)* lo que es la realidad bajo su óptica. Diez minutos titulados *We wuz robbed*, en los que explica cómo perdió Al Gore las elecciones en diez minutos, los diez minutos en los que estuvo indeciso y en los que George W. Bush proclamó sin titubear que había ganado. Diez minutos de bombardeo mediático bastaron para que toda una nación y todo un mundo asimilasen una información totalmente provisional y precaria que una vez transmitida no podría ser rebobinada ni borrada de la mente de los ciudadanos americanos bajo ningún concepto. Si los rostros de los periodistas serios e implacables de la NBC, la CBS y demás habían dicho durante diez minutos que Bush había ganado las elecciones, eso era la realidad. La gente había asimilado de forma orgánica e irremisible que Bush era el nuevo presidente de los EEUU. Así se lo habían hecho creer los tubos de recepción de alimentos y comunicación, esa especie de sondas virtuales a las que estamos conectados. De nada serviría volver a contar los votos, recurrir a la Corte Suprema, patear. De nada serviría, ni tan siquiera, haber ganado, estar en posesión de *la verdad*. La gente creía lo que decían los medios y no había modo de arrebatar la victoria a Bush. Durante toda la vida habían creído lo que decía la televisión: la muerte de Kennedy, la llegada a la luna, noticias que no tenían marcha atrás una vez asimiladas vía sonda televisiva. ¿Por qué iban a dejar de creer durante esos diez minutos? Eso es la realidad. Convenciones y premisas que se sostienen por un elefante que sostiene otro elefante que a su vez sostiene otro elefante, que, al fin, sostiene una tortuga que asesinó a Kennedy y no se parte de la risa porque su caparazón se lo impide, y es mucho caparazón. La realidad y las explicaciones, son mentiras bien vestidas, que diría Julio Cortázar.

Digamos entonces que la realidad es un calcetín y que José Carlos Casado ha vuelto ese calcetín del revés y que sabe que las sillas cuelgan del techo y las bombillas ruedan por el suelo y tienen hilos de wolframio que están a punto de quebrarse. Y que sin embargo, Casado se atreve a jugar a la comba con ese hilo de candente wolframio. Y que nos invita a saltar bajo esa cuerda.

Al principio, fue Pandora. Hoy, sigue siendo Pandora. Un *nasciturus* hueco por dentro y acurrucado por fuera, que se sujeta las rodillas y sueña que sueña. Aún hay por ahí gente ingenua que cree haber abandonado el líquido amniótico. Mentira. Seguimos sumergiéndonos en bañeras llenas de agua tibia y escuchamos los gritos de los vecinos, las variaciones Goldberg del pianista del cuarto C, los gemidos de Laura mientras la atan a una silla y la follan con dulzura, la paliza del primero B, *banlieue*, *outskirts*, realidad. Sumergidos en la bañera, escuchamos. Recordamos o

creemos recordar el útero materno, cierta paz, ciertas canciones de cuna cuando aún no había cuna y ni siquiera hacía falta.

O más atrás aún, al principio, fue el falo. Pene convertido en cordón umbilical convertido en planta que trepa por los edificios y llega hasta lo más alto, como en aquel cuento tradicional en el que un hueso de melocotón caído en el jardín, bajo una ventana, brotaba y un melocotonero crecía hasta llegar al cielo, robusto y fuerte. Árboles que son como cordones umbilicales tiesos, árboles que abrazamos por no abrazar penes y ruborizarnos. El cordón umbilical, he ahí una clave. Un cordón umbilical que ahora se torna en hilo de silicio o en hilo de rudimentario wolframio, porque hoy la comunicación y los abrazos son más frágiles y nosotros más susceptibles (el *homo sapiens sapiens* dejó de serlo para convertirse en *homo celofán celofán*), y quizás vivimos dentro de una bombilla y la bombilla está en el suelo, y las sillas cuelgan del techo. Y esto es la realidad.

Recuerdo una escena de una película de Fritz Lang: el terrible doctor Mabuse disfrazado de hipnotizador hace creer a los espectadores de un teatro que todo un ejército de soldados tunecinos sale del centro del escenario e irrumpe en el patio de butacas, cabalgando sobre sus yeguas. El doctor Mabuse chasquea los dedos y todo desaparece. Ha sido una ilusión, un espejismo provocado por su poder hipnótico. Los ingenuos espectadores aplauden. Es la primera caja de Pandora que mi memoria alcanza.

¿Está vacía la caja de Pandora? Ah, la pregunta del millón. Hemos quedado en que la caja de Pandora es un calcetín y está vacío, siempre y cuando no se le dé la vuelta, porque entonces ya no será lo mismo: veremos ahora claramente sus costuras, sus heridas, sus cicatrices, los restos del alambre de espino que nos impide avanzar en las trincheras del alma. Porque esas dos imágenes una al lado de la otra, esos dos ojos, parecen indicarnos que lo que vemos lo vemos desde el interior de una cabeza (véase... *Cómo ser John Malkovich* -y no morir en el intento-), una cabeza que tiene puesto un antifaz, y un antifaz bien puede valer para taparnos cualquier parte del cuerpo que nos apetezca y que no sea la cara necesariamente. Mundo de antifaces y cuentos, infancia revisitada que el artista recuerda y reinventa. El rey luce hoy nuevo traje y sólo el niño se atreve a gritar: "¡El rey lleva burka!". Niño antifaz, niño insolente que señala con el dedo, niño artista de los que ya no quedan y al que tenemos mucho que agradecer.

¿Sientes ya la presión del líquido amniótico?

La carne es el edificio que alberga toda exposición. La carne son cuerpos fragmentados, Modigliani y Velázquez con polaroid lamentándose por el tiempo perdido y lo que hubiesen podido hacer si (*lo que hubiésemos podido hacer si...* frase que la tecnología ha logrado borrar de los refraneros de lamentaciones). La última cena de los apóstoles es la carne, sólo que los apóstoles apostados y apóstatas están ahora desnudos y enlazados, personajes del Bosco que van al gimnasio a hacer abdominales y se afeitan el pelo al raso. Como el cielo, al raso. Era la última cena y se comían los unos a los otros, con placer, con gula, festivamente (véase *Dans ma peau*, de la realizadora francesa Marina de Van). Eso es la carne: gente que intenta meterse su cuerpo por la boca, cuestión de proporciones alterables a golpe de zoom, cuerpos reversibles, pequeños liliputienses que entran por la boca de Gulliver mientras éste está tendido y atado (los liliputienses han mutado: ahora van con zapatos de aguja, el toque *drag* ha llegado al cuento de Gulliver; otra vez, infancia).

Temores son los temores a que alguien haga reventar nuestro cuerpo con un mando teledirigido, espantapájaros que no espanta nada y del que se ríen los gorriones, voodoo voluntario, marioneta que teme ser reventada y aún así. Qué añadir, aún así.

Que el temor nos lleva o nos trae casi siempre a un orificio, un abismo, una herida, una cicatriz por la que mirar o ser mirados. Una caja que es una cicatriz. Sinónimos de una caída. Un pez con los *eyes wide open* y la boca abierta nos espera en el fondo del orificio (ver *Bilbao* de Bigas Luna, momento en el que el *voyeur* introduce una salchicha Frankfurt XXL en la boca de un enorme arenque). El temor nos lleva a Pandora. *Banlieue, outskirts, casa soviética de protección oficial*, o más bien: todo ello reflejado en un estanque.

Una abeja, otra clave. Una abeja que fecunda o es fecundada, porque vaciarse también es fecundar, fecundar el vacío, fecundación del revés, reversible, fecundación del no, fecundación Bartleby, Pandora Style.

Hemos visto los cables que unen a los hombres y a los objetos en una extraña conjunción cada vez más posible, menos exótica, más asimilable. No nos deben asustar los cables, siempre y cuando sean nuestros cuerpos los que los mueven y nuestros mensajes los que llevan tatuados. Sólo los hilos que otros pretenden mover y que sentimos cada mañana en cada punta de cada dedo nos han de poner en guardia. Pero ante los cables, la otra alternativa son las abejas, *beesexuality*: no nos engañemos, la *beesexualidad* no niega la sexualidad de los cables, pero propone otra, añade una más, tiende una mano a la naturaleza (*urbanización del 68, realidad, banlieue, outskirts*). Cable o abeja, abeja o cable. Modo artesanal u hombre hiperenlazado. Llegará el día en el que los gobiernos-multinacionales prohíban las colmenas, pero mientras tanto. Qué añadir, mientras tanto.

Mientras tanto, Pandora. Lo importante no es pues la realidad, sino la percepción. Algo puede ser perfectamente real, pero si los canales perceptivos no lo procesan o lo procesan de diferente forma a la convencional, esa realidad carecerá de credibilidad o ésta se verá netamente mermada o alterada en sus cualidades presuntamente reales. No por ello hemos de identificar la percepción necesariamente con lo irreal. Modigliani lo dijo en su día: "No busco lo real. Tampoco lo irreal, sino lo inconsciente". La caja de Pandora cumple la función de buscar ese inconsciente y de arañar en él. Las dos pantallas que vemos simultáneamente nos presentan dos inconscientes paralelos que son el mismo: cada una de las dos pantallas tiene su salida de humos, su salida a un patio *banlieue* o *outskirt*, que es a su vez salida de incendios, de excrementos, de cicatrices varias y de otros objetos entre los que incluiría sin duda la risa. Pero la salida es también la entrada, y de esa manera, las dos pantallas quedan comunicadas mediante un tubo que une esas dos pantallas de inconscientes paralelos. El espectador se encuentra por así decirlo en el interior de una bombilla negra, viendo reflejadas dos pantallas al mismo tiempo, una para cada uno de sus ojos; dos pantallas que une el hilo de wolframio del interior de la bombilla. El espectador tiene además la posibilidad de interrumpir y parar la secuencia de las imágenes cada vez que él se introduzca en el círculo que forma el hilo de la bombilla en el suelo. Tiene así en sus manos el interruptor, el mando de lo que está viendo. Se diría que reivindica aquí Casado el poder de decisión para el espectador/protagonista. La misma consecuencia parece desprenderse del hecho de que la proyección se cierre de forma circular, de forma que la historia pueda reiniciarse, como si de una computadora se tratase. Una forma como cualquier otra de quitar hierro al asunto y de dar a entender que son muchas las posibilidades y que la primera elección no siempre ha de ser la mejor y ni tan siquiera la definitiva. Los objetos hipertecnológicos parecidos a máquinas del tiempo que aparecen en las imágenes no se tratan aquí como en las películas de ciencia ficción en las que se recalca a cada paso con luces espectaculares la irrealidad y la maravilla de dichos portentos imposibles, sino que son tratadas con una normalidad pasmosa, con la cotidianeidad de quien sabe que éstas no serán sino vulgares electrodomésticos, las lavadoras del futuro. Hombres que caminan sobre tableros de ajedrez de escala humana nos vuelven a advertir del peligro de ser pieza movida por otros en función de una partida y unos intereses que no nos interesan en absoluto, pero también nos tranquiliza saber que el ajedrez multiplica exponencialmente las jugadas posibles y siempre podrá uno abrazar un caballo enemigo y huir al galope: peón blanco cabalga sobre caballo negro hacia las afueras del suburbio llamado realidad.

Hablábamos de esa especie de vasos comunicantes que unen y provocan la ósmosis entre las dos proyecciones. Esos agujeros –bien negros, como todo agujero que se precie– reciben las ropas de quien se despoja de ellas en la primera pantalla, para escupirlas después en la segunda. La desnudez se contagia. La abeja fornicar con hombres y mujeres de igual modo y mujeres con la textura del cristal a medio fundir parecen ser protagonistas de embarazos paternos: las mujeres de cristal se gestan en el seno masculino y nadie parece extrañarse. Y es eso quizás, esa naturalidad, el mayor logro de esta obra llena de simbolismos.

No hemos de olvidar que cuando el frío nos acecha nos protegemos aún en el atabismo de la postura fetal que instintivamente adquirimos. Esa postura es también la del huevo, la de los anfibios que ponen huevos en los cenagales, y es por tanto una postura que nos comunica directamente con nuestros antepasados de tierras húmedas y pantanosas (entre el mono y el cyberhombre hiperlanzado, una rana se interpone y se mofa de Darwin y de sus galápagos

domesticados). El trabajo de Casado dispara pues en ambos sentidos: no sólo hacia el futurista y robótico, quizás el más obvio en una primera lectura, sino también hacia esa consciencia nuestra de provenir del huevo, y por lo tanto, de ser algún día capaz de engendrarlo y reproducirnos mediante él, cuando no partiéndonos en dos como una serpiente.

Los mitos que Casado ha elegido para representar el paraíso perdido del interior de la caja-bombilla negra de Pandora (llamémosles Pan y Dora, por no caer en el tópico de Adán y Eva) parecen hablar lenguajes más evolucionados, parecidos a los gestos de los sordomudos, crean objetos con su lenguaje corporal y se dejan ser taladrados por las abejas (entre taladrar y fornicar, poca diferencia a veces). Pero también bailan y se divierten, festejan sus propias vidas.

Las proyecciones tienen a su vez su propia banda sonora. Los ruidos de crepitación y deslizamiento derivan finalmente en una canción inocente en apariencia que deja bien a las claras la necesidad de humor e ironía a la hora de tamizar todo inconsciente que se nos ofrece (*mi barba tiene tres pelos*, canta una niña de cuna. *La niña que sueña lunas también se mea en la cama*, diríamos, parafraseando el título de una obra de teatro de Peru C. Sabán).

Bienvenidos pues, a la bombilla negra en la que habitan Pan y Dora, con sus manzanos llenos de manzanas mordidas, manzanas que caen por su propio peso, sin que nadie les pida nada. Bienvenidos al diario de los hombres que un día, empiezan a sospechar que están hechos de cristal ovalado y semifundido por la realidad, esa caja llena de espejos deformantes.

José Carlos Casado visita minuciosamente los basureros de *Brazil* y las chatarrerías de *Blade Runner* y nos muestra los otros hombres y los otros mundos posibles, los caminos no tomados, los descartados, los experimentos que aún no se han hecho, profecías de homínidos descaminados, cruces (des)aconsejables o simplemente irrisorios, motivos de más para que la tortuga que sostiene a los elefantes se siga partiendo de la risa (o casi: su caparazón le sigue salvando, de momento, y hay aún gente que le llama Dios). Pero esa abeja. Esa abeja inquieta. Esa abeja puede agujerear el Calcetín Realidad, picarnos o fecundarnos, inyectarnos su vacío y seguidamente estar muy lejos de nosotros, fuera de nuestro alcance y de nuestra rabia. Fuera incluso de nuestro afecto y nuestro amor desperdiciado que la abeja desprecia o prefiere simplemente ignorar. La amistad de las gentes en las grandes ciudades (*outskirts, banlieue*) es la amistad de las abejas. Una amistad volátil, sin nombre, sin cordón umbilical, una amistad que surge imperceptiblemente en cuartos oscuros y se deshace con la misma facilidad. Una amistad que dice, "From: To: hoy estoy lejos te quiero send". Así son las abejas Pandora.

Oigo a gente que habla de la realidad y de las cosas *normales*. Pero hace mucho tiempo que alguien dijo: "¿lo normal? Lo normal es estar muerto". Dos fechas, nacimiento y muerte, y entre ambas, una comba candente que las enlaza en forma de sonrisa. Salta y disfruta, riéte hasta de las tortugas que se creen Dios.

La realidad. Una persona temerosa tiembla y entra o se cae en el orificio, en la herida, en la caja de Pandora. Besos, radiografías de besos. Radiografías y desenfoques, fragmentos de aliento binario que se acercan a la esencia. Entrar en la caja de Pandora es hundirse y respirar al mismo tiempo. Nada más y nada menos. La realidad, qué palabra.